

rer, ofenden. Yo no. Amigos creyentes y practicantes han leído el libro y se han reído y han comprendido que era una broma inocente. Pero incluso una publicación religiosa sacó una reseña en la que decía: «Pues es muy simpático, y el Niño Jesús queda muy bien». De siempre presupongo en el lector un grado de inteligencia mínima para entender qué tipo de broma es, y para que no se escandalice y vea que es puro juego. Y cuando uno presupone este grado de flexibilidad cerebral, la respuesta existe. Hay quien, por el contrario, presupone que el lector es tontísimo, y encuentra su público y gana mucho dinero con ello.

– *Si en lugar de hablar del Niño Jesús lo hubiera hecho de Mahoma quizá ya habrían puesto precio a su cabeza.*

– Sí, hay que andarse con muchísimo cuidado. He estado últimamente en países islámicos y es donde he encontrado la gente más simpática, afectuosa y acogedora. He estado mucho en El Cairo, en Damasco, y los árabes son lo más, lo mejor. Pero tienen esta intransigencia que nosotros no podemos entender. Y que no se te ocurra la más mínima broma no ya en medio de una mezquita, sino en la Universidad, en el claustro de profesores con los catedráticos de filología hispánica, y no ya sobre religión, sino la más mínima broma sobre lo que sea. El tema de las mujeres no se puede tocar, es tema tabú. Un disparate.

– *En alguna ocasión ha dicho que en la religión está el último reducto del humor.*

– Sí, pero aunque en abstracto da risa, al que le toca pagar los platos rotos no le hace ninguna gracia. Todas esas posturas justificadas con esa mezcla de superstición y otra cosa que me encanta que es la lógica jesuítica porque ahí viene la gran estafa. Entonces esa mezcla me divierte, me parece un juego de manos, y siempre me ha gustado porque todo tiene que ver con la ficción: el engaño previamente pactado. Pero en la religión no es así, porque la amenaza y la coacción son tremendas.

– *Cada vez que publica un nuevo libro la crítica corre a etiquetarlo como una nueva novela de humor de Mendoza, o como*

«Presupongo en el lector un grado de inteligencia mínima para entender qué tipo de broma es esta novela»

un libro de los «serios». ¿También usted cuando escribe hace esta clasificación previa entre libro ligero o serio?

– No de esa forma, aunque es evidente que cuando empiezo una novela con presupuestos como estos, parto desde la ironía, porque por otro lado creo que no existe novela sin ironía. Es verdad que me planteo dos modelos distintos y luego también me planteo la envergadura. No es lo mismo emprender un viaje de seiscientas páginas; es otro tipo de ritmo porque no se pueden contar chistes a lo largo de seiscientas páginas. No es una carrera de cien metros sino la maratón. Pero me han llegado a decir si no sentía cierta esquizofrenia, y no, hombre, tanto como eso, no.

– ¿Estas novelas más humorísticas también le sirven a usted como descanso de las de mayor envergadura?

– Alterno, sí. Escribir una novela realmente ambiciosa, aunque dentro de los límites y de las propias fuerzas de cada uno, puede hacerse tres o cuatro veces en la vida. Yo no puedo escribir *La ciudad de los prodigios* cada año. Ni siquiera los grandes escritores han hecho eso y si lo han hecho les han salido bien tres. Tolstoi tiene dos grandes novelas, pero dos, en noventa años que vivió. El resto son cuentos y otras cosas.

– ¿Es una ventaja tener dos registros?

– Sí, pero yo creo que todo el mundo los tiene. No se pueden escribir novelas en las que uno echa el resto, en las que uno investiga, estudia, a las que les dedica cinco años. Porque seiscientas páginas de libro significan dos mil o tres mil de manuscrito y todo en la cabeza. Se puede intentar una vez cada década de la vida. Yo mismo ya no sé si estoy en condiciones de meterme en otra novela de ese tipo. Pero no me parece una duda existencial. Igual que no voy a aprender ahora a tocar el violín o a boxear, pero haré otras cosas estupendas. Por eso entiendo que a partir de cierto momento muchos autores, si no les acucian las deudas, escriben sus memorias, epistolarios, etc. Y a mí me gusta por ejemplo hacer traducciones. Después de escribir una novela de estas hay que pasarse un año por puro descanso y hasta por higiene literaria. Y

«Una novela realmente ambiciosa –dentro de las fuerzas de cada uno– puede hacerse tres o cuatro veces en la vida»

además vienen muy bien para leer todo aquello que no se ha podido leer mientras duraba el proceso de escritura. No me parece que eso sea algo que los psiquiatras deban diagnosticar, sino más bien al revés.

– *Una novela de humor que no hace reír, es un fracaso, por eso entraña siempre cierto riesgo. En este sentido, dejando aparte el favor de los lectores, ¿cree que la literatura de humor goza en España del prestigio que merece?*

– No lo tiene en ningún sitio. Es verdad que es la literatura de más riesgo porque se ha de cumplir una condición casi deportiva. Hay que meter gol. Y si no, no vale jugar bien. Cosa que en la novela dramática no ocurre. Así que hay que conseguir resultados concretos porque la oferta es esa: te voy a hacer reír. Lo que ocurre es que eso en estos momentos, sobre todo recientemente, mientras que pierde peso social la novela, la ficción, en beneficio de otros medios como la televisión o el periodismo, crece el interés académico. Entonces la Academia con el humor tiene poco que hacer, no lo trabaja. Porque cuando se habla de que una novela es una deconstrucción, etc. queda un poco pobre, porque su objeto no era la deconstrucción, sino la risa, y la risa no es objeto de tesis, ha quedado un poco marginada. Y de nada vale pensar que la novela nace de la picaresca, del *Quijote*, del *Lazarillo*, de *Tristram Shandy*, de Voltaire... El siglo XIX hace que la novela sea dramática y Dostoievsky la acaba de dramatizar, Faulkner o Proust, que tiene mucho sentido del humor, pero no juega a eso. Y entonces ahí queda la novela de humor. Pero no pasa nada. Que no me den el Premio Cervantes no me quita el sueño, al contrario, me lo da. Duermo más tranquilo.

– *Bueno, también ha escrito otro tipo de novelas, como decíamos antes, novelas importantes. ¿No le gusta formar parte del circo mediático?*

– No me gusta mucho, no. Es absurdo que diga esto mientras estoy dando una entrevista antes de ir a firmar a las casetas. Me gustaría mucho publicar novelas anónimas, no dar la cara. Porque

«La Academia con el humor tiene poco que hacer, no lo trabaja. La risa no es objeto de tesis, ha quedado un poco marginada»

cuando uno elige estar solo con sus fantasías es porque no le gusta mucho la vida pública. No me gusta ni hablar con la gente; yo viviría en una gruta, como los anacoretas, pero bueno, sé que la profesión no es sólo escribir sino también tratar de vender el producto que uno fabrica. Así que todo eso lo acepto aunque lo considere la parte pesada del trabajo, no como algunos que lo que persiguen es que se les conozca y les paren por la calle. A veces ocurre, claro, no mucho por suerte, y suele ser con cariño, lo cual no disminuye el grado de molestia porque la gente lo hace con tanto cariño que se sobrepone a cualquier norma de educación. Como el hecho de estar cenando y que venga alguien a interrumpir la conversación para que le firmes una servilleta de papel: entonces le tiraría la sopa. Por suerte la gente por lo general es educada. Yo vivo en Barcelona, donde la gente no es educada pero es tímida, aunque eso se ha ido perdiendo. Antes era delicioso. Yo recuerdo al principio el día de San Jordi, que alguien cogía un libro y cuando le decían: «Está el autor, si quiere se lo puede firmar». Entonces lo dejaban y salían corriendo a comprarlo en otro sitio. Ahora hay un fenómeno nuevo e inquietante, y es que todo el mundo lleva una cámara y se quiere hacer una foto contigo. Y la gente se ha vuelto mucho más tocadora, seas quien seas.

– La verdad sobre el caso Savolta *la publicó mientras vivía en Nueva York y quizá no fue consciente del todo de hasta qué punto supuso un fenómeno en la España de aquel momento. Algo también curioso ocurrió con La ciudad de los prodigios, pues se convirtió en una obra de referencia, de culto, que se estudia hasta en universidades extranjeras ¿Le sorprende la vida que viven sus libros una vez que los ha entregado al editor?*

– Sí, siempre me ha sorprendido la vida que han tenido los libros, cada uno a su manera. El primero me sorprendió mucho porque yo pensé que iba a pasar inadvertido y tuvo el éxito que tuvo. Pero el siguiente me sorprendió aún más porque fue *El misterio de la cripta embrujada*, que yo pensé que no tendría ninguna repercusión y todavía ahora se estudia y se traduce a diferentes

«No me gusta ni hablar con la gente; yo viviría en una gruta, como los anacoretas; pero la profesión no es sólo escribir»

idiomas, aunque ya no se entiende, porque habla de Suárez y de unos políticos catalanes del 77 de los que no me acuerdo ni yo, y me pregunto ¿quién puede entender esto ahora? *La ciudad de los prodigios*, que yo pensé que sería una novela más, se convirtió en el anuncio del Ayuntamiento de la Ciudad de Barcelona; *Sin noticias de Gurb*, que la escribí por entregas para el periódico y pensé que se agotaría ahí, en agosto, lleva infinitas ediciones. Nunca sé lo que puede pasar. Sin embargo, otras que creí que iban a funcionar mejor, después han pasado sin pena ni gloria. Y de este mismo que yo pensé que quizá me dirían: «Hombre, déjate de tonterías, retírate» pues la editorial ha vendido muchísimo. Y además por el lado que menos me imaginaba: «la reflexión filosófica de las culturas, etc.» No me esperaba que nadie lo leyera desde esa óptica y me sorprende gratamente. Siempre es un poco como tirar los dados y es bonito que sea así.

– *Siempre ha demostrado una maestría y un gusto especial por mezclar distintos tipos de lenguajes. Uno muy culto, casi pomposo, con otro más popular. ¿Tiene algo que ver en esa facilidad de desdoblamiento la época en la que trabajó como traductor?*

– Sobre todo de cuando era intérprete, porque aquello era entrar en un lenguaje y salir con otro, pero incluso con la misma gente, porque en la reunión estaban utilizando un idioma y al salir habían cambiado. Eso siempre me ha llamado la atención. Yo creo que la literatura tiene que estar jugando siempre con diferentes registros, reales y literarios porque cuando uno empieza a escribir se mete en una tradición donde está todo, Pérez Galdós, Santa Teresa, Jardiel Poncela y el telediario.

– *¿Hacia dónde cree que tiende la novela, usted que hace tiempo vaticinó que, tal y como la concebimos hoy, tiene los días contados?*

– Es imposible de decir porque la novela, como todas las cosas, evoluciona por pequeños brotes imperceptibles, aisladamente. Seguramente se esté gestando algo que aún ni vemos. Quién iba a decir que de unas tristes parodias de la novela de caballerías iba a

«Yo creo que la literatura tiene que estar jugando siempre con diferentes registros, reales y literarios »

surgir la novela que hoy tenemos. Ya veremos también lo que pasa con el libro escrito. Es un fenómeno histórico, antes tampoco se leía y la literatura era el teatro, el cuentacuentos y la poesía popular. Y ahora es posible que entremos en otra fase.

– A la pregunta de «y usted, ¿por qué escribe?» su amigo Fernando Savater respondió. «Porque por leer no pagan». ¿Lo suscribe o tiene sus propias razones?

– A Fernando le pierden los epigramas (ríe). En parte la verdad es que a uno lo que le gusta es leer, la literatura y lo que desearía es seguir eso mismo e ir más allá. Uno escribe porque lo que le gusta son los libros, y si además pagan, y uno puede vivir de lo que le gusta y de lo que le divierte, ése es el gran lujo.

– *Alguna vez ha bromeado con la idea de retirarse, pero supongo que, de momento, es sólo eso: una broma.*

– Pienso que en algún momento debería hacerlo. Me asaltan los temores porque veo escritores que deberían haberse retirado. Hay autores que se están perjudicando con efecto retroactivo y no querría caer en eso.

Y «con esta nota triste» dice Eduardo Mendoza, terminamos la entrevista porque vienen a buscarlo de su editorial para acompañarlo al Retiro, a firmar ejemplares en la Feria, pero antes –comenta divertido tras preguntar si hace calor– tiene que subir a cambiar su elegante traje por «una camisetita de tirantes» ©

«Uno escribe porque lo que le gusta son los libros, y si además se puede vivir de lo que le gusta, es un gran lujo»